

## ¿Por qué operar instituciones educativas adventistas?

Esta es una buena pregunta, aunque era vista como irreverente e irrelevante por los primeros adventistas. Después de todo, ¿Jesús acaso no iba a regresar pronto? Y en ese caso, ¿por qué educar a los niños adventistas para un mundo que terminaría antes de que crecieran? En efecto, al enviar a los niños a la escuela, ¿no se estaba evidenciando una falta de fe en el pronto regreso de Cristo?

Esta mentalidad llevó a W. Ballin a preguntar en 1862 si era “correcto y consecuente para nosotros, los que creemos de todo corazón en el regreso inmediato del Señor, buscar la manera de educar a nuestros hijos”.<sup>1</sup> Note que esta pregunta se estaba formulando dieciocho años *después* del Gran Chasco millerita. El “virus antieducativo” se había implantado firmemente dentro de la mentalidad adventista.

Resulta de interés la respuesta que dio Jaime White, quien adujo que “el hecho de que Cristo vendrá muy pronto no es razón alguna para no mejorar la mente. Una mente bien disciplinada e informada puede recibir y atesorar de mejor manera las sublimes verdades del Segundo Advenimiento”.<sup>2</sup> Su esposa, Elena White, se mostró de acuerdo con estas palabras. Diez años después, escribió que “la ignorancia no aumenta la humildad o la espiritualidad de cualquier profeso seguidor de Cristo. Un cristiano intelectual es el que puede apreciar mejor las verdades de la Palabra divina. Los que le sirven inteligentemente son los que mejor pueden glorificar a Cristo”.<sup>3</sup>

## Los primeros adventistas enfrentan la cuestión

Para 1872, sin embargo, los White no eran los únicos adventistas interesados en la educación formal. Veintiocho años habían pasado desde el Gran Chasco millerita, y nueve desde la organización formal de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. La iglesia estaba creciendo y esto requería más ministros. Los antiguos milleritas estaban envejeciendo y surgía la necesidad de preparar a los futuros líderes. Asimismo, para comienzos de la década de 1870, la denominación estaba considerando cuál era su responsabilidad respecto de las misiones en el extranjero.

Con esas preocupaciones en mente, la Asociación General creó la Comisión de Escuelas, que informó en mayo de 1872: “Hay personas en todas nuestras filas, que han llegado a los

años de la madurez, que poseen convicciones de que deben hacer algo para que pueda progresar la causa importante y gloriosa a la que estamos abocados. Con este fin, esas personas quieren inmediatamente *llegar a conocer a fondo las enseñanzas de la Biblia en referencia a esas grandes verdades que tienen que ver con este tiempo*”. La comisión también notó que esas personas necesitaban instrucción general, de manera que pudieran hablar y escribir de forma más efectiva. Como resultado, se estableció una institución educativa en Battle Creek para preparar a los obreros de la iglesia para que “hagan uso de esas armas en pro del progreso de la causa”.<sup>4</sup>

No hay duda de que los primeros líderes de la denominación tuvieron la intención de que la Escuela de Battle Creek capacitara a las personas para predicar el evangelio. Elena White se mostró de acuerdo con este objetivo. “Necesitamos colegios—escribió en “La educación apropiada” (1872)—donde los que entran en el ministerio puedan recibir enseñanza por lo menos en los ramos comunes de la educación, y donde puedan aprender también con más perfección las verdades de la Palabra de Dios para este tiempo”.<sup>5</sup>

La visión de la señora White respecto de los objetivos de la educación adventista era más amplia que la de otros líderes de la iglesia. Por ello, en su artículo de 1872 también se refirió a la importancia de la educación, la distinción entre la educación y la capacitación, la disciplina como dominio propio, la necesidad de una educación práctica y útil, y la importancia de hallar equilibrio entre los aspectos mental, espiritual y físico.<sup>6</sup> En resumen, si bien se mostró de acuerdo con los ob-

jetivos de capacitación de obreros que tenían los líderes de la iglesia, también introdujo temas que anticiparon una educación más amplia. Durante los siguientes treinta años, sus escritos se dedicaron a elaborar las implicaciones de esos objetivos.

Mientras tanto, en 1873, Jaime White y otros líderes de la denominación se dieron cuenta de cuán inadecuada era la educación que ofrecía la iglesia. White escribió que “no hay rama de esta obra que sufra tanto en el presente como la educación apropiada de hombres y mujeres para proclamar el mensaje del tercer ángel”. Aunque destacó: “no tenemos tiempo de dar a los estudiantes un minucioso curso de educación”, la iglesia necesita preparar “a los jóvenes de ambos sexos [...] para que sean impresores, editores y maestros”. Asimismo, debería enseñárseles las “lenguas vivas” (en lugar de las lenguas clásicas muer-

# Los objetivos de la educación adventista: Una perspectiva histórica

G E O R G E R . K N I G H T

tas), dado que tenemos “un mensaje [...] que tiene que ser proclamado ante muchas naciones y lenguas y pueblos”. Jaime White se esforzó por señalar que esa educación no debía cubrir un lapso extenso, dado que el tiempo era breve”.<sup>7</sup>

En abril de 1873, J. N. Andrews expresó el consenso de los líderes en un editorial de la *Review and Herald*: “Tenemos que dar respuesta a los llamados que se suceden de todos los rincones, que solicitan personas que hablen otros idiomas. No podemos hacer esto en nuestras circunstancias actuales. Pero podemos hacerlo si el Señor bendice nuestros esfuerzos para el establecimiento de la escuela propuesta. Hemos retrasado este esfuerzo por demasiado tiempo”.<sup>8</sup>

En 1874, la denominación envió su primer misionero oficial —J. Andrews— a un territorio extranjero y abrió su primera institución de educación superior —el Colegio Terciario de Battle Creek. Esos eventos están conectados de manera estrecha. Después de todo, el propósito primordial de los primeros emprendimientos educacionales fue el de capacitar a sus miembros para que esparcieran los mensajes de los tres ángeles. Por ello, resulta apropiado que la primera institución de enseñanza superior de la iglesia recibiera más tarde, el nombre de Universidad Andrews, en honor al primer misionero oficial de la denominación.

Pero no todo andaba bien en el Colegio de Battle Creek hacia fines de la década de 1870. Los objetivos de los fundadores no estaban siendo alcanzados. No había asignaturas obligatorias de Biblia, ninguna capacitación práctica o misionera, y ningún equilibrio físico y mental en el currículum, que en su mayor parte estaba dominado por los clásicos en griego y latín y en la capacitación docente para las instituciones públicas. Los catálogos de la institución llegaron hasta el punto de anunciar que “no hay nada en los cursos de estudio, en las reglas o en la práctica de la disciplina, que sea denominacional o sectario. Las clases bíblicas son tan solo para los que deciden asistir. Los directivos de esta institución no poseen la inclinación de urgir perspectivas sectarias en los estudiantes, o de darles alguna prominencia dentro de sus tareas escolares”.<sup>9</sup>

## Reflexiones posteriores sobre los objetivos de la educación adventista

Las cosas fueron de mal en peor en el Colegio de Battle Creek entre 1874 y 1881. Inesperadamente la institución cerró durante un año, sin promesa de que reabriría. Durante ese lapso Elena White dio a conocer varios poderosos testimonios sobre la educación cristiana, con la intención de hacerla retornar al buen camino. “Si la influencia mundana ha de reinar en nuestro colegio, entonces vendédselo a los mundanos y permitid que ellos asuman el control total; los que han invertido sus recursos en esa institución, establecerán otro colegio que se rija, no según el plan de las escuelas populares ni de acuerdo con los deseos del rector y los maestros, sino conforme al plan que Dios ha especificado”.<sup>10</sup>

Tres meses antes, había expresado claramente que “nunca fue el designio de Dios que nuestro colegio imitase a otras instituciones de enseñanza. El elemento religioso debe ser el poder controlador. Si los no creyentes escogen esta influencia, está bien; si los que están en tinieblas escogen venir a la luz, es lo

que Dios quiere. Pero relajar nuestro celo y permitir que el elemento mundano tome la delantera, con el fin de conseguir más estudiantes, es contrario a la voluntad de Dios. *La fuerza de nuestro colegio estriba en mantener el predominio del elemento religioso*”.<sup>11</sup> La señora White no tenía ninguna duda de que el propósito central de la institución era la preparación de obreros para la iglesia. Por otro lado, no defendía el limitado currículum de un colegio o instituto bíblico. Como lo expresó en forma decidida en su mensaje de diciembre de 1881 a la Asociación General y al liderazgo educativo, “el propósito de Dios se ha dado a conocer; que nuestro pueblo tenga la oportunidad de estudiar las ciencias y *al mismo tiempo* aprender los requerimientos de su Palabra”.<sup>12</sup> Sus consejos generales apuntaban hacia una educación amplia en la que los estudiantes conocieran las artes y las ciencias en el contexto de la cosmovisión bíblica. Esa postura se hizo evidente en la lucha de 1885 en el Colegio Secundario de Lancaster Sur, cuando S. Haskell y otros buscaron reducir el currículum para que fuera específicamente religioso.<sup>13</sup> Más tarde se adoptó un enfoque de estudios universitarios basados en las humanidades y orientado por los principios religiosos.

## Cristo, el centro de todo estudio

El real punto de inflexión se produjo en la década de 1890. A comienzos de la década, se llevó a cabo la convención educacional de Harbor Springs, en el norte de Míchigan. Así como los institutos ministeriales de la Asociación General después de 1888 ayudaron a que los pastores reconocieran la centralidad de Cristo y su justicia dentro del adventismo, la convención de Harbor Springs ayudó a que los educadores percibieran la centralidad de Cristo para el currículum académico.

El líder educativo W. Prescott proclamó más tarde ante el congreso de la Asociación General que Harbor Springs había sido un punto de inflexión en la educación adventista. “Si bien hasta el momento el propósito general —afirmó—, había sido tener un elemento religioso en nuestras instituciones, a partir de ese instituto, como nunca antes, nuestra obra ha estado *prácticamente* [en lugar de *teóricamente*] sobre esa base, mostrándose a sí misma en cursos de estudio y planes de trabajo como no lo había hecho en el pasado”.<sup>14</sup>

Tres meses después, Elena White viajó hacia Australia, convencida respecto de las posibilidades de la educación cristiana y las implicaciones del evangelio para la educación. En aquel país tendría la oportunidad sin precedentes de influir sobre la Escuela Avondale para Obreros Cristianos, de manera que se desarrollara de acuerdo con los principios enunciados en Harbor Springs.

La Escuela Avondale adquiere importancia dentro de la historia educativa adventista porque Elena White la vio como una “lección objetiva” o “modelo” para otras instituciones de la iglesia.<sup>15</sup> Milton Hook, en su estudio extensivo de los primeros seis años de Avondale, concluyó que los dos objetivos centrales eran *la conversión y el desarrollo del carácter de los estudiantes, y su preparación para que fuesen obreros de la denominación*.<sup>16</sup>

En la década de 1890, y simultáneamente al desarrollo de Avondale, floreció el impulso misionero del adventismo. Por primera vez la denominación envió misioneros a diversos lu-

gares del planeta y estableció instituciones educativas, médicas y de publicaciones con el propósito de apuntalar esas misiones. La expansión estimuló el rápido desarrollo de la educación adventista en todos los niveles, dado que la denominación necesitó valerse de las instituciones educativas a la hora de suplir los obreros para acompañar ese rápido crecimiento. Para comienzos de la década de 1900, muchas instituciones habían seguido a Avondale al incorporar la palabra *misionero* en su nombre (“Colegio Terciario Misionero de Washington”, “Colegio Terciario Misionero Emanuel”).<sup>17</sup>

Otro resultado de los años que pasó la señora White en Australia fue el comienzo del sistema de escuelas primarias adventistas. Dado que allá se requería asistir a la escuela, en mayo de 1897 ella le escribió a su hijo Guillermo: “En algunos países, la ley obliga a los padres a enviar a sus hijos a la escuela. En esos países se debieran establecer escuelas en las localidades donde haya iglesias, aun en el caso en que hubiera sólo seis niños para asistir a cada una de ellas”.<sup>18</sup> Sus consejos inspiraron a reformadores en los Estados Unidos, entre ellos a E. Sutherland y P. Magan, quienes inmediatamente promovieron el rápido desarrollo de un sistema adventista de educación primaria. Bajo su liderazgo y el de Frederick Griggs, para 1910, la provisión de una educación cristiana para cada joven adventista se convirtió en un objetivo de la iglesia.<sup>19</sup>

### El pensamiento de Elena White respecto de los objetivos de la educación

Otro alcance de la participación de Elena White en los comienzos de la Escuela Avondale fue el constante flujo de cartas y artículos que escribió; juntamente con la publicación de *La educación cristiana* en 1893 y *Testimonios especiales sobre educación* en 1897 (compilados por W. Prescott) no solo ayudaron a guiar el desarrollo de las escuelas existentes, sino que también hicieron que los líderes y miembros de la Iglesia Adventista fueran más conscientes de la educación cristiana. Sus escritos de educación de la década de 1890 también prepararon el camino para la publicación de sus claros conceptos en *La educación* (1903). En ese libro, más que en ningún otro, ella se refirió a los objetivos primordiales de la educación, enmarcándola dentro del contexto del Gran Conflicto. Con pinceladas maestras, volvió a contar la historia de Génesis 1-3 en términos educacionales, para concluir que “*la redención* debía restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor, devolverlo a la perfección con que había sido creado, promover el desarrollo del cuerpo, la mente y el alma, a fin de que se llevara a cabo el propósito divino de su creación. *Este es el objetivo de la educación, el gran propósito de la vida*”. Una vez más escribió: “En el sentido más elevado, *la obra de la educación y la de la redención son una* [...]”. El principal esfuerzo del maestro y su propósito constante han de consistir en ayudar a los alumnos a comprender estos principios, y a *sostener esa relación con Cristo* que hará de ellos un poder dominante en la vida”.<sup>20</sup>

El libro *La educación* dejó en claro que el objetivo último es *el servicio*. “Nuestro concepto de la educación –escribió–, tiene un alcance demasiado estrecho y bajo [...]. La verdadera educación significa más que la prosecución de un determinado curso de estudio. Significa más que una preparación para la

vida actual. Abarca todo el ser, y todo el período de la existencia accesible al hombre. Es el desarrollo armonioso de las facultades físicas, mentales y espirituales. *Prepara al estudiante para el gozo de servir en este mundo, y para un gozo superior proporcionado por un servicio más amplio en el mundo venidero*”.<sup>21</sup>

Dentro del marco del objetivo primordial de la educación –la conversión– y el objetivo último –el servicio a Dios y a otras personas–, Elena White analizó los objetivos intermedios: el desarrollo del carácter, la función del trabajo y la comprensión cristiana del conocimiento histórico, literario, científico y bíblico. Desde su perspectiva, todos esos objetivos intermedios se basaban en una experiencia de conversión, y eran esenciales a la hora de preparar a los jóvenes para el servicio.

### Adaptaciones para el siglo XX

La naturaleza cambiante de la educación y el trabajo en el siglo XX llevó a realizar ajustes en la manera de lograr los objetivos de la educación adventista. Tanto el trabajo como la educación se tornaron más profesionales. Esto creó tensiones dentro de la denominación. De un lado se encontraban educadores como E. Sutherland, quien había luchado por la abolición de los títulos académicos en el Colegio de Battle Creek. En esa época los títulos no eran necesarios para ingresar a campos laborales como medicina, docencia, enfermería, ministerio, o el mundo de los negocios o el gobierno. En 1899, Sutherland escribió que “el primer *título* fue otorgado por un Papa”, y que los títulos eran los “*gérmenes*” de la enfermedad que se había infiltrado en el protestantismo, contra los cuales previene el mensaje del tercer ángel. Para 1915, Sutherland estaba afirmando que “cualquier institución adventista que otorgue títulos, invita con ello a la inspección del Estado, y tiene que aceptar la norma del mundo y estar en conformidad con el sistema mundano de educación”. Sostenía que llegaría el tiempo cuando los títulos serían otorgados directamente por el Papado, y llegarían a ser “un sello de la marca de la bestia”.<sup>22</sup>

A la par de semejante pronunciamiento de Sutherland, el profesionalismo y la educación estaban pasando por una importante transformación. En 1910, el Informe Flexner expuso el estado deplorable de la educación médica en los Estados Unidos, lo que tiempo después llevó al cierre de más de la mitad de las carreras de medicina del país. En ese contexto, en 1911 la Asociación Médica Estadounidense evaluó el naciente Colegio Terciario de Evangelistas Médicos (Loma Linda, California), otorgándole la calificación más baja. Estaban obligados a obtener una mayor calificación o tendrían que cerrarla, dado que sin la aprobación oficial sus graduados no podrían practicar la medicina. Sin embargo, alcanzar una calificación mayor significaba que las instituciones educativas que enviaran a los estudiantes al colegio también tenían que estar acreditadas por las asociaciones regionales de acreditación. Por ello, el tema de los títulos se transformó en una cuestión de acreditación.<sup>23</sup>

La decisión de cómo afrontar estos asuntos dividió a los líderes. Algunos creían que en Loma Linda la iglesia debía preparar a instructores bíblicos que también pudieran dar tratamientos naturales, mientras que otros creían que necesitaba preparar a médicos plenamente certificados. Con esa preocupación, llevaron la cuestión a Elena White, cuya respuesta no

dejó lugar a dudas: “Debemos proveer lo esencial para nuestros jóvenes que desean ser médicos, a fin de que puedan prepararse inteligentemente y pasar los exámenes requeridos para probar su eficiencia como médicos [...]. Debemos proveer lo que sea necesario, a fin de que estos jóvenes no necesiten verse obligados a ir a las escuelas de medicina dirigidas por hombres que no son de nuestra fe”<sup>24</sup>

Ella se dio cuenta de que esto también afectaría a los colegios superiores adventistas. “Nuestras instituciones de las diferentes partes del campo deben ser colocadas en la posición más favorable para facilitar el estudio a nuestros jóvenes capaces y permitirles satisfacer los requerimientos de ingreso que exigen las leyes del Estado para los que quieren estudiar medicina [...]. Los jóvenes [...] deben poder obtener en los colegios de nuestras uniones todo lo que es esencial para entrar en una facultad de medicina [...]. Por cuanto hay requerimientos legales que hacen necesario que los estudiantes de medicina tomen cierto curso preparatorio, nuestros colegios deben ponerse en condiciones de dar a sus estudiantes la preparación literaria y científica necesaria”<sup>25</sup>

Ese consejo mostró ser la base de la acreditación de los colegios superiores adventistas. También significó un énfasis continuado en la función de servicio de la educación adventista, dado que para mediados del siglo XX, se necesitaban títulos acreditados en una gran cantidad de profesiones. Los tiempos habían cambiado y, afortunadamente, el sistema educativo de la iglesia estaba en una posición que le permitió enfrentar esos cambios, mientras continuaba preparando a los jóvenes para el servicio.

## Conclusión

¿Por qué operar instituciones educativas adventistas?

Los pioneros adventistas claramente creían que sus escuelas tenían que predicar el mensaje del tercer ángel y llevar a cabo la obra de la iglesia. Según Elena White, *el objetivo último de la educación es “el servicio”*. Sin embargo para poder servir hay que entrenar tanto los aspectos intelectuales como morales. Los primeros creyentes por lo general estuvieron de acuerdo en que (1) el desarrollo del carácter era fundamental; que (2) las ramas comunes del estudio, así como las artes y las ciencias, eran importantes; que (3) la cosmovisión bíblica tenía que brindar la matriz dentro de la cual se desarrollaría el aprendizaje cristiano.

Es por ello que, aunque los primeros adventistas en general estuvieron de acuerdo en que el objetivo máximo de la educación cristiana era el servicio y que había objetivos instrumentales como el desarrollo del carácter y la adquisición de conocimientos desde una perspectiva bíblica, fue Elena White quien brindó a los educadores denominacionales el *objetivo primordial* de la educación cristiana cuando equipó la verdadera educación con la *redención*. Al mismo tiempo, brindó a la denominación los medios para cumplir con este objetivo máximo de servicio a Dios y a la humanidad en el mundo moderno, cuando aconsejó que avanzaran en dirección hacia los programas acreditados.

La Iglesia Adventista de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX se vio forzada en repetidas ocasiones a clarificar cuáles eran sus objetivos educativos. La Iglesia Adventista del siglo

XXI necesita mantener su vista fija en esos objetivos mientras sigue buscando la manera de servir a la sociedad contemporánea. ✍



**George R. Knight, Ed.D.**, es profesor emérito de Historia de la Iglesia en la Universidad Andrews, en Berrien Springs (Míchigan, Estados Unidos). El doctor Knight es autor y editor de un gran número de libros y artículos sobre la historia y la educación adventistas.

## NOTAS Y REFERENCIAS

1. “Questions and Answers”, *Review and Herald* (23 de diciembre de 1862), p. 29.
2. *Ibid.*
3. Elena White, *Consejos para los maestros*, p. 346.
4. School Committee, “The Proposed School”, *Review and Herald* (7 de mayo de 1872), p. 168 (énfasis agregado).
5. White, *La educación cristiana*, p. 39.
6. Véase *ibid.*, pp. 147-150; George Knight, “Ellen G. White: Prophet”, en *Early Adventist Educators*, ed. por George R. Knight (Berrien Springs, Mich.: Andrews University Press, 1983), pp. 27-30.
7. Jaime White, “Conference Address Before the General Conference of S. D. Adventists, March 11, 1873”, *Review and Herald* (20 de mayo de 1873), pp. 189, 181.
8. J. Andrews, “Our Proposed School”, *Review and Herald* (1 de abril de 1873), p. 124; cf. G. I. Butler, “What Use Shall We Make of Our School?” *Review and Herald* (21 de septiembre de 1874), pp. 44, 45.
9. *Battle Creek College Catalogue, 1876-1877*, p. 10; 1879-1880, p. 6.
10. Elena White, *Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 24.
11. *Ibid.*, p. 14 (énfasis agregado).
12. *Ibid.*, p. 20 (énfasis agregado).
13. Véase Myron Wehtje, *And There Was Light: A History of South Lancaster Academy, Lancaster Junior College, and Atlantic Union College* (South Lancaster, Mass.: Atlantic Press, 1982), pp. 64-84; George Knight, “The Missiological Roots of Adventist Higher Education and the Ongoing Tension Between Adventist Mission and Academic Vision”, *The Journal of Adventist Education*, vol. 70, no. 3 (Abril/Mayo 2008), pp. 20-28.
14. W. Prescott, “Report of the Educational Secretary”, *Daily Bulletin of the General Conference* (23 de febrero de 1893), p. 350.
15. Elena White, *Notas biográficas de Elena G. White*, p. 374; Elena White, *Diary*, MS 92, 1900.
16. Véase Milton Hook, “The Avondale School and Adventist Educational Goals, 1894-1900”, tesis doctoral, Andrews University, 1978.
17. Véase George Knight, “The Dynamics of Educational Expansion”, *The Journal of Adventist Education*, vol. 52, no. 4 (Abril/Mayo 1990), pp. 13-19, 44, 45.
18. Elena White a Guillermo White, 5 de mayo de 1897; cf. White, *Testimonios para la iglesia*, vol. 6, p. 203.
19. Véase Warren Ashworth, “Edward Alexander Sutherland and Seventh-day Adventist Educational Reform: The Denominational Years, 1890-1904”, tesis doctoral, Universidad Andrews, 1986; Arnold Reye, “Frederick Griggs: Seventh-day Adventist Educator and Administrator”, tesis doctoral, Universidad Andrews, 1984.
20. Elena White, *La educación*, pp. 15, 29 (la cursiva es mía).
21. *Ibid.*, p. 13 (la cursiva es mía), cf. p. 309.
22. E. Sutherland, “Why the Battle Creek College Can Not Confer Degrees”, *Review and Herald* (10 de octubre de 1899), p. 655; (14 de noviembre de 1899), p. 740; E. Sutherland, *Studies in Christian Education*, reimpression (Payson, Ariz.: Leaves-of-Autumn Books, 1977), pp. 137, 138.
23. Véase George Knight, *Myths in Adventism: An Interpretive Study of Ellen White, Education, and Related Issues* (Washington, D.C.: Review and Herald Publ. Assn., 1985), pp. 37-45.
24. Elena White, carta reproducida en “A Medical School at Loma Linda”, *Review and Herald* (19 de mayo de 1910), p. 18; cf. Elena White, *Consejos para maestros, padres y alumnos*, pp. 464, 465.
25. White, *Consejos para maestros, padres y alumnos*, op. cit., pp. 463, 464.